

ROMERO DE CEPEDA, JOAQUIN (S. XVI)

COMEDIA SALVAJE

ÍNDICE

JORNADA I
JORNADA II
JORNADA III
JORNADA IV

En la cual, por muy delicado estilo y artificio, se descubre lo que de los alcahuetas a las honestas doncellas se los sigue, en el proceso de lo cual se hallarán muchos avisos y sentencias.

ARGUMENTO DE LA OBRA

Anacreón, caballero mancebo de mediano estado, enamor'o de Lucrecia, hija de Arnaldo y Albina, única heredera de sus padres, muy rica y hermosa, la cual por medio de Gabrina, famosa alcahueta, viene a condescender a los ruegos de Anacreón; descúbrese el hecho, prenden a Gabrina, ahorcan a Rocío, criado de Anacreón. Huye Lucrecia, van sus padres en su busca; a Arnaldo matan salteadores, y a ellos Anacreón, que va en busca de Lucrecia. Roban a albina dos salvajes, defiéndela Anacreón, sale Lucrecia al ruido en hábito de pastora, mala los salvajes, dase a conocer, perdónalos Albina, despósanse Anacreón y Lucrecia.

PERSONAJES

ANACREÓN, caballero.

ROCIO, criado.

TISBE, moza.

GABRINA, alcahueta.

ARNALDO, padre de Lucrecia.

ALBINA, madre de Lucrecia.

LUCRECIA.

LA JUSTICIA.

UN VERDUGO.

DOS PORQUERONES.

TARISIO, salteador.
TROCO, salteador.

JORNADA I

ANACREÓN, ROSIO.

ANACREÓN
¡Qué dolor hay más mortal
que el mío ni más crecido
que ni sé si soy querido,
ni puedo decir mi mal!

¡Desventurado de mí!
Sólo en el mundo amador
que me ha pagado el amor
con sola una vez que vi.

Mostrome la hermosura
mas alta que el mundo tiene,
y quiere que siempre pene:
ved si hay mayor desventura;

yo me perdí por mirar,
y el remedio es poder ver;
no puedo: ¿qué he de hacer,
sino morir, o penar?

No puedo mi mal decir,
descubrirlo es desconcierto,
pues no es el remedio cierto
do daño puede venir.

Mas si callo en tal aprieto,
moriré como ahora muero;
descubrir mi pasión quiero
a quien me tenga secreto.

Que el mal ha donde la vida
por callarlo se aventura;
no decillo es gran locura,
y simpleza conocida.

Excusado me es tener,
pues que son de amor engaños,
y al fin de aquestos dos daños,
quiero el menor escoger.

Llamar quiero un mi criado,
hombre sabio y muy discreto,
descubriple mi secreto,
mi dolor y mi cuidado.

Podrá ser que dé algún medio
en este mi mal rabioso.
Que a un dolor muy peligroso
puesta cura es buen remedio.

La amorosa dilación
es muy manifiesto engaño,
y el esperar dobla el daño
y es a veces destrucción,
que si Anibal valeroso,
capitán nunca vencido,
no se hubiera detenido.

No fuera Cipión glorioso.
Ni el ejército romano
sujetara a Cartagena,
ni Aníbal tuviera pena,
ni victoria el Africano.

y si Aquiles dilatara
Patroclo la venganza,
no le valiera su lanza
ni al troyano sujetara.

Y si el fuerte Héctor siguiera
el alcance en noche oscura,
no viera su desventura
ni el Ilión se perdiera.

Dilató la ejecución
aquel príncipe excelente,
y después vio de su gente
fuego, muerte y destrucción.

Pues quiero agora la llama

que me abrasa el alma y vida
amansar, aunque ofendida
sea mi honra y mi fama;
cuanto más que en descubrir
mi secreto a mi criado,
no debo de ser culpado,
y si muriere, morir.
Rosio mío, sal afuera.

ROSIO
¿Qué manda vuestra mercé?

ANACREÓN
Darte cuenta de mi fe
antes que, mi Rosio, muera;
que aqueste mal que padezco
aprieta quiere acabarme,
procura de remediarme.

ROSIO
Manda, señor, que obedezco.

ANACREÓN
Esa pronta voluntad
no podré jamás pagarte
sino con encomendarte
un secreto en puridad.

ROSIO
Di, señor, que la crianza
que en mi de pequeño has hecho,
tiene seguro mi pecho;
puedes tener confianza.
Descubre lo que querrás
ora en bien, o en mal se trama,
que a tu vida, honra y fama
contigo me hallarás;
tuyo soy; tuyo seré
cuanto durare la vida;
si fuere por ti perdida,
acreciento en honra y fe.

ANACREÓN
Quiero, mi Rosio, abrazarte,
que tu fe me ha puesto aliento,
y de mi mal y tormento

darle, Rosio, entera parte.
¡Ay de mí, desventurado!
Que no sé cómo lo diga,
que a tan inmensa fatiga
buscar medio es excusado.
¿Qué haré? ¿O cómo diré
este mal que consentí?

ROSIO

Acaba va, señor, di.
¿Qué, pones duda en mi fe?

ANACREÓN

O muerte, ¿por qué no vienes,
y das fin a mi tormento,
que se acaba el sufrimiento,
cuanto tú más te detienes?
Espera, mi Rosio, un poco,
verás mi mortal pasión.

ROSIO

Duelos hay, otro sermón
quiere decir este loco.

ANACREÓN

¿Qué murmuras entre dientes,
Rosio mío?

ROSIO

Mi señor,
que tengo grande dolor
de sentir tus accidentes.

ANACREÓN

Soy indigno en ser por quien
siento mi pena mortal,
pues la gloria de mi mal
hace el mal supremo bien.

ROSIO

Señor, si me das licencia,
descubriré tu dolor.

ANACREÓN

Yo la doy, di ¿qué es?

ROSIO

Amor.

ANACREÓN

¡Ay de mí!

ROSIO

Pues ten paciencia.

Que tu mal tiene remedio
y está, señor, en tu mano.

ANACREÓN

¿Qué dices, mi Rosio hermano?

¿Sabrás tú dar algun medio
se suerte que mi dolor
tenga alguna medicina?

ROSIO

Sí, sí no es muerta Gabrina,
maestra desta labor,

ANACREÓN

Tu sincero, y pecho sano,
que ignora mi mal cruel,
te hace el remedio dél
tenello por muy liviano;
mas si la causa subida
de la pasión por quien muero
supieses, no de ligero
me otorgarías la vida.
Si vieses el resplandor
de la luz que me atormenta,
y aquel valor tan sin cuenta
do procede mi dolor,
y si pudieses mirar
su extremada hermosura
discreción, gracia Y cordura,
que en el mundo no hay su par;
No dirías que Gabrina.
Ericto, Circilea,
ni la gran sabia Medea,
Licinia, ni Celestina,
fueran parte, ni otras ciento,
a vencer el corazón,
la casta y limpia intención
de la que me da tormento.

ROSIO

Contra el cual principio niega
no hay, señor, más que argüir,
deja ya de difirir,
tu negocio, y a esta ruego;
que otras doncellas y dueñas,
encerradas y escondidas,
fueron del amor vencidas:
dádivas quebrantan peñas.
Hay en aqueste lugar
tantas oficialas de esto
que si aquí me fuera honesto
mil te pudiera contar;
mas por verte tan llagado
y por darte medicina
quise nombrarte a Gabrina,
como desto el más letrado.
Si hubieras su casa entrado,
visto perfumes y olores,
yerbas, palos, para amores,
sangres, sogas de ahorcados,
botes, cajas, corazones
de cera y de mil hechuras,
vella andar de noche acuras
a buscar pies de tejones.
Yo le vi en una canasta
de aquesto una gran mistura
oye, de lobo asadura,
cuero de sierpe cerasta,
hígado de ciervo asado,
los ojos de lobo viejo.
Y mil dientes de conejo,
de dragón hueso rallado.
Es maestra conocida,
cinco veces azotada,
emplumada, y desterrada
de aquí por toda la vida;
mas no faltan hombres buenos
que ruegan luego por ella,
que para mal de doncella
si ella falta la echan menos.
Remediarlas es notorio,
porque su oficio es contino
con papo de palomino,
o de punto, o lavatorio.

Nunca está desocupada
su casa de despenseros,
galanes y caballeros,
y otras gentes de posada.
Es muy astuta comadre,
de todas gran costurera,
ensalmadora, partera,
gran sabia de mal de madre;
bendice niños, y emplasta,
concierta brazos quebrados,
gran maestra de tocados,
de todos madre, y madrasta.
Ella no tiene otras rentas
sino criar palomitas
y visitar las ermitas
con unas muy grandes cuentas.

ANACREÓN

Oído he de buena gana
tu cuento de aquesta vieja,
¿do vive?

ROSIO

En una calleja
junto del atarazana.

ANACREÓN

¿Pues entiendes que será
discreción fiarme della?

ROSIO

Sí, señor, yo iré por ella,
y vuestra merced verá
como le hará en un punto
ver lo que tanto desea.

ANACREÓN

¡Ay Dios! Venga esa Medea,
que estoy ya casi difunto.

ROSIO

Señor, yo voy, más entienda
que ella no come pasiones
sino de buenos doblones,
o de oro, o alguna prenda.

ANACREÓN

Darlehe toda mi casa,
y a ti calzas y jubón;
si da alivio a mi pasión,
en el daros no habrá tasa.

ROSIO

Pues, señor, desa manera
las piedras ablandarás.

ANACREÓN

Ve, ¿qué tardas?

ROSIO

¿Do estarás?

ANACREÓN

Arriba.

ROSIO

Pues ahí espera.

(Habla ROSIO consigo.)

Bien será considerar
el fin que de aquesto espero,
que quien no piensa primero,
si yerra no hay que quejar.
Lucrecia es noble doncella,
su padre muy poderoso,
tan recatado y celoso
que apenas dejará vella.
Si en el trato soy asido
desollarmehan la pelleja,
y con Gabrina la vieja
en dura prisión metido.
Mas al fin yo soy mandado,
también yo lo prometí,
como siervo obedecí,
que a servir soy obligado.
La ganancia cierta es,
perdella será locura,
pues, alto, Rosio, apresura,
aunque lo pagues después.

JORNADA II

ROSIO,
TISBE,
GABRINA,
ANACREÓN,
ARNALDO,
ALBINA,
LUCRECIA.

ROSIO
¿Quién está acá?

TISBE
¿Quién anda ahí?

ROSÍO
A la señora Gabrina.

GABRINA
¿Quién me llama? Ven aína,
Tisbe, ¿si llaman a ti?

TISBE
Rosío es, ¿abrille he?

GABRINA
Abrele, huelgo que él sea;
¡Ay Jesús, como estás fea!
Sal presto, y componete.

ROSIO
Ocupada debe estar
la posada, según siento,
algún nuevo casamiento
de los que suele tratar;
parece suenan pisadas
de algún galán que se esconde.
Ola.

TISBE
Ola.

ROSIO

¿Quién responde?

¿Son monjas emparedadas?

(Habla TISBE de una ventana.)

TISBE

¿Qué manda el enamorado?

ROSIO

¡Oh qué rosa y clavelina!

A la señora Gabrina

quiero decir un recado.

TISBE

Aguarde, señor, iré

a llamarla.

ROSIO

Ay que muero,

ce, señora, que a ella quiero.

TISBE

Pues aguarde, y abriré.

ROSIO

O mi Tisbe y mi señora,

gran gloria es poder mirarte,

¿quién hay que pueda igualarte
en belleza y gala agora?

Dichosa ha sido mi pena,

venturosa mi pasión,

pues padece el corazón

por causa tan justa y bueno.

¿Quién goza de esta hermosura,
destas manos, desta boca?

¿Quién aquestos pechos toca
do amor dio tanta dulzura?

TISBE

¿No lo veis como es donoso
de cuando acá? Tire afuera,

Jesús, y desa manera,

señor Rosio, es pegajoso

no hay más son luego pegar

con la moza, y retozalla.

ROSIO

Mi bien, quien aquí se halla
¿Qué hará sino gozar?

TISBE

¿A eso viene? Por mi vida
que de mí no se acordaba,
diga ya lo que buscaba.

ROSIO

Remedio de mi herida.

TISBE

Ay, ay, ay, reírme quiero,
ya está muerto, ¿no lo veis?

ROSIO

Vos darme vida podéis,
que sin vos, mi Tisbe, muero.

TISBE

Mucho deso es de reír,
¿Qué quiere, que está parado?

ROSIO

Dar a Gabrina un recado
y a vos contino servir.

TISBE

Lo uno bien puede ser,
mas lo otro no lo creo.

ROSIO

Vos sola sois mi deseo.

TISBE

A fe, estoy por lo creer.
Llamar quiero a mi señora,
mas ya viene.

ROSIO

¡Ay de mí!

TISBE

Vuelva, señor, por aquí.

GABRINA

Venga, mi Rosío, en buen hora.
Entre, ¿por qué está a la puerta?
Que esta casa, y todo es suyo.

ROSIO

En pararme me destruyo,
y mi bien se desconcierta.

GABRINA

¿Hay algo en que esta mezquina
pueda ser de algún provecho?

ROSIO

Mi amo está en grande estrecho
de enfermedad repentina.

GABRINA

¿Y de qué causa le vino
mal que fue tan de repente?

ROSIO

Vamos, que nuevo accidente
contaré por el camino.
La enfermedad que padece
es un terrible tormento,
un contino pensamiento,
un mal que por otras crece.
Un excesivo dolor,
una congoja mortal,
una pasión cordial,
y al fin es un puro amor.

GABRINA

¡Ay, hijo! Ya he respirado,
que de vuestro encarecello
el temor de no entendolo
me había desatinado.
Plega a Dios no seas mayor
que así lo sabes decir.

ROSIO

¿Reisos? Para morir está.

GABRINA

Pues nunca peor,
¿Cómo, y esa confianza
tienes de mi habilidad?

ROSIO

Con esa seguridad
tengo yo grande esperanza
Que según el mal es fuerte,
y la causa tan subida,
no era posible la vida
excusar el mal de muerte.

GABRINA

Mi Rosio, ¿no me dirás
el nombre de aquesa dama?

ROSIO

La que tiene hoy mayor fama
de virtud, tú la verás.
Es la hermosa Lucrecia,
hija de Arnaldo y Albina.

GABRINA

Deja hacer a Gabrina,
que sabe cuanto se precia;
la doncella es muy hermosa
rica, noble, y bien dotada,
virtuosa, y muy honrada,
casta, noble y generosa.

Mas esta yerba de amor
do quiera prende y lastima,
y a la de más alta cima
allí se halla mejor,
porque ya la ociosidad,
el regalo, el abundancia
es la mejor consonancia
desta música en verdad.
La doncella ventanera,
muy galana y muy compuesta,
cuanto más de fuera honesta
es toque de vidriera,
el amiga de ser vista
y de ver y componerse,
es ocasión de perderse,
aunque el padre le resista.

Y aunque nada de esto hubiera,
mi diligencia y saber
le harán fuego hacer
lo que ella jamás hiciera.
Tu amo es buen caballero,
rico, noble y generoso,
franco, valiente, animoso,
y en amores buen guerrero.
Hínchame él aquestas manos
de reales, y verás:
¿Qué dices?

ROSIO
Que partirás.

GABRINA
Sí haré, como entre hermanos.

ROSIO
Ya sabes que de contino
he buscado tu provecho.

GABRINA
Yo el tuyo nunca desecho.
Seamos dos al mohíno.
En pago a Tisbe daré,
que ella te quiere y te ama,
yo vieja sola en la cama
con este jarro estaré.

ROSIO
Tus manos quiero besar,
por aqueso ofrecimiento.

GABRINA
Rosio mío, tu contento
y provecho he de buscar.
Seme agora buen tercero,
que esto así está concertado;
haz tú como fiel criado,
verás cuanto yo te quiero.

Encarecelle su mal
a tu amo, y mi servicio
usa bien era tu oficio
porque él sea liberal.

Que si es como yo barrunto
y él lo hace bien conmigo
tú verás come contigo
y con él cumplo en un punto.

ROSIO

Señora, pierde cuidado,
de mí te puedes fiar.

GABRINA

Muda, mi Rosio, el hablar;
que a la puerta está parado.
No me cuentes más su mal,
su pasión y su tormento,
que lo entiendo y lo siento
como tú, siervo leal.
¡Ay, Jesús! Y no parece
sino que eres tú el doliente,
ansí sientes lo que siente
y lloras lo que padece.
Ya tengo bien entendido
tu fatiga y su dolor,
y que la causa es amor
de una dama esclarecida;
y aunque en su mal no hay remedio,
por ser tan alto el lugar
yo te prometo de dar
en las manos el remedio.

ANACREÓN

O esperanza nunca oída,
o suprema medicina,
o mi señora Gabrina,
y el remedio de mi vida,
venga muy en hora buena
mi placer y mi consuelo.

GABRINA

Arrastrando por el suelo
vengo por curar tu pena.
Que aqueste tu fiel criado,
sin un punto diferir,
me hizo luego venir.
Como tu mal me ha contado,
hame tanto encarecido

tu pasión y tu tormento.
Que como propio lo siento
según Rosio lo ha sentido.

ANACREÓN

¿Quién puede contar mi mal?
¿Quién siente lo que yo siento?
¿Quién habla de mi tormento?
¿Quién de mi rabia mortal?
¿Quién del mal que me condena?
¿Quién del supremo dolor?
¿Quién del fuego de mi amor
y de mi terrible pena?
¿Quién de aquella hermosura
de Lucrecia, y de su estado?
¿Quién del valor extremado
de su rostro, y su figura?
¿Y quién a su entendimiento
ha hecho comparación?
¿Quién de aquella perfección
de su grande encerramiento?
¿Alguno tan atrevido
hay, que pueda conocer
su valor, su suerte, y ser
tan extremado y subido,
su gracia, su gentileza,
su linaje, su primor?

GABRINA

Ay, solo falta el amor
para extremar su grandeza.

ANACREÓN

Eso es lo que temo y lloro
que no es posible alcanzar.

GABRINA

Mas presto que tú me dar
esa cadena de oro.

ROSIO

Buen tiro, si no da avieso,
ha arrojado la traidora.

ANACREÓN

Hela aquí, madre y señora,

que lo menos será eso.
Llévala así por mi vida
ante los ojos de aquella
a quien la tengo por ella
a su servicio ofrecida,
y esta carta le darás
con sangre del corazón,
y mi dolor y pasión
justamente le dirás.

GABRINA

Vivas, señor, largos aires,
que así mis canas honraste,
y te prospere y abaste
libre y exento de daños.

Tu pasión no hay para que
me la cuentes mas aquí,
ponla, señor, sobre mí
que en prendas dejo mi fe.

Mira este rostro arrugado
y estas manos de flaqueza,
mas por la mucha pobreza
que por años que han pasado.

Que por tu merecimiento,
por tu liberalidad,
te doy hoy seguridad
de tu descanso y contento.

Como en tu cadena de oro
se alegró mi corazón,
alegraré tu pasión,
y en placer volveré el lloro.

O la mar se secará,
o no soplarán los vientos
faltarán los elementos
y Duero atrás volverá,

o en los prados no habrá flores,
ni las aves volarán,
ni los hombres hablarán,
ni habrá amor entre amadores,

o de Lucrecia el estado
gozarás la hermosura,
antes que en la noche oscura
parezca el cielo estrellado.

ANACREÓN

¡Oh qué extraño ofrecimiento!
¡Oh gran gloria aun en pensalla!

GABRINA

Muy mayor será gozalia.
Ten ánimo y sufrimiento,
reposa y sosiega el pecho,
huelga agora y a placer,
apareja de comer,
compone y adorna el lecho.
Que el huésped que ha de venir
merece todo regalo,
haz luego sin intervalo
aquesto, que quiero ir.

ANACREÓN

¿Qué me dices, madre mía?
Que no te puedo entender.

GABRINA

Que esperes, y hayas placer.
Dios quede en tu compañía.

ANACREÓN

Él te guarde y sea contigo.
Rosio, la casa adereza,
principalmente la pieza
donde duermo; presto, amigo.

ROSIO

Todo está ya aderezado,
sube luego a tu aposento,
ten grande contentamiento,
que tu ventura ha llegado.

¿No notáis cuán liberal
Anacreo agora ha sido?
Y para mí que he servido
jamás tiene un real.

A la viejaza echacuervos,
haldas luengas retaimada,
la paga fue adelantada,
mas no la queda a sus siervos.

Para mal siempre hay dineros,
para bien todo es estrecho.
¡Quién dejase su provecho
por servir a caballeros!

Todo anda, mi fe, trocado,
cada cual tras su deseo;
quiero hacer lo que veo,
y ser también namorado.

Ame Anacreón a Lucrecia,
que yo a mi Tisbe amaré,
como él hiciere haré.
Ruin es quien de ruin se precia.

¡Qué verdadero refrán
de experiencia y ciencia lleno!
Con el bueno serás bueno,
con rufián rufián.

Con santo santo serás
con perverso pervertido,
con homicida homicido,
con Satanás Satanás.

Pues yo no quiero perder
tiempo, sazón, ni ventura,
pues se ofrece coyuntura
para mi Tisbe ir a ver.

Que mientras mi amo llora
y Gabrina está bramando,
podré yo estar retozando
con mi Tisbe más de un hora.

Él llore, yo cantaré;
Gabrina su tela trame,
su Lucrecia ame o no ame,
que yo a mi Tisbe amaré.

(Sale GABRINA, y va a casa de LUCRECIA, hablando consigo a solas.)

GABRINA

La madre que me parió
haya mal fin y quebranto,
que a hija que quiso tanto
tan mal oficio mostró.

De contino el manto a cuestras
con las haldas arrastrando,
por callejas rodeando
y otras partes deshonestas.

Contino por monasterios
por ermitas, por cantones,
de noche con ladrones
cercando los cementerios
por sepulcros de finados,
y por lugares desiertos,
buscando huesos de muertos
y narices de ahorcados;
Y a la fin muy bien pagado
al cabo de mis afanes,
por servir a estos galanes
dos veces me han emplumado,
pues agora una corozca
o algún jubón sin costura;
triste de tu hermosura,
Gabrina, cuando eras moza.
Ora en fin yo quiero ir,
por demás es este lloro,
que esta cadena de oro
me hará a veces reír.
Lleva perfumes y olores,
tocas de lienzo delgado,
seis madejas de hilado,
y otras yerbas para amores.
La carta quiero guardar,
porque el ir no me sea en vano,
que en tomándola en su mano
le haré a Anacreón amar.
Quiero ir, que ya me espera
de Lucrecia al hermosura,
¡qué buen principio y ventura!
Que sus padres salen fuera.
Conjúrate, gran Plutón,
emperador de dañados,

rey de los atormentados
y de la infernal región,
señor del sulfúreo fuego,
capitán del río Leteo,
molestador de Fineo,
y veedor del reino ciego.
De las infernales furias,
hidras, harpías volantes,
de las ánimas penantes,
señor de las tristes curias,
yo, Gabrina, antes que parta
te conjuro, pido y ruego
que con tu sulfúreo ruego
te encierres en esta carta.
Y cumpliendo mi deseo
que tanto tu nombre precia,
hagas que muera Lucrecia
por amores de Anacreón,
y siempre te serviré
con fe muy firme y constante,
y sino, con luz radiante
tus cárceres heriré.

(ARNALDO y ALBINA.)

ARNALDO

¿Quiénes, mi señora Albina,
esta vieja que aquí viene?

ALBINA

Según el gesto que tiene
paréceme que es Gabrina.

ARNALDO

¿La comadre?

ALBINA

Sí, señor.

GABRINA

Cristo sea con los dos.

ALBINA

Él guarde también a vos
y os dé su gracia y favor.
¿Qué es la ocasión de venir,

madre mía?

GABRINA

Mi señora,
una vieja pecadora
¿Qué hará sino servir?
Traigo aquí este hilado,
estos perfumes y olores,
remedio para dolores
y para mal de costado.

ARNALDO

A buen tiempo es la venida,
madre mía, si al dolor
de mi hija ese licor
le diese salud cumplida.

ALBINA

Su mal es melancolía
y tristeza cordial.

GABRINA

Esta es para ese mal
yerba de muy gran valía.
¿Y está mal la señora
Lucrecia?

ARNALDO

Sí, vos subí
mientras llegamos aquí.
Vendremos luego a la hora.

GABRINA

Antes acompañaré
mis señores a los dos.

ALBINA

Quedad, Gabrina, con Dios,
que muy presto volveré.

JORNADA III

ANACREÓN,
ROSIO,
GABRINA,
LUCRECIA,
ARNALDO,
ALBINA,
LA JUSTICIA,
UN VERDUGO,
y dos PORQUERONES.

ANACREÓN
Hola, mozos, pajes, Traso,
Rosio, ninguno responde,
el diablo es hunda donde
no parezcáis sino a caso,

ora gran desabrimiento
es servirse de criados
perezosos, descuidados,
que os faltan cada momento.

Juro por el dios Apolo,
pues grande mi desventura
a qué tiempo y coyuntura
me dejaron aquí solo.

Después que hinchen los sacos
no hay más cuenta con servir.
Digo cierto que es morir
dar de comer a bellacos.

Voto a tal que si no fuera
porque otros serán más malos,
que a todos diera de palos,
y a todos los despidiera.

Que si tenéis un criado
un año en vuestro servicio,
luego lo toma por vicio
ser importuno y pesado.

Cada mes vaya uno fuera,
y entre otro en continente
que aquel mes, es diligente,
servicial en gran manera.

Váyanse los ganapanes
que en hallándose vestidos,
contentos y mantenidos,
luego se hacen haraganes.

ROSIO

Duelos hay, riñendo está
mi amo, según parece.
Mala cena se me ofrece,
mas al fin pasarse ha.
¡Qué vida tan importuno
es servir a estos pelados,
reñidos y deshonorados
si les faltáis vez alguna!
Por una calza o jubón
mugriento, raído y viejo,
os desuellan el pellejo
y os lo dan luego en baldón
la noche y día ocupado
en servir casi difunto,
y en faltándoles un punto
no hay luego mas mal criado.
Ponéis por ellos la vida
dos mil veces ni tablero,
y con ánimo severo
servís de rota batida;
y si acertáis a estar mal
que no les podáis servir,
podeis allí morir,
o iros al hospital.
Quiero me disimular
como que a un negocio he ido.

ANACREÓN

Noramala habéis venido
¿habéis ya de llegar?
¿Paréceos que esto es bien hecho
de hombre que ha de contentar
que os vais vos a pasear,
dejándome en tal estrecho?
Dado me habéis grande enojo,
bien se dirá por tal siervo
cría de pequeño el cuervo,
y sacarte ha grande el ojo,

ROSIO

Señor, a un negocio he ido
y al mercado a proveer
cosas que son menester.

ANACREÓN

Bien está, bien lo eis urdido.
Ora bien, estaos aquí
a esta puerta, y mira
si viene Gabrina acá.
Rosio, no os mudeis de ahí.

ROSIO

Señor, allí vienen dos
cubiertas y rebozadas,
en la calle están paradas.

ANACREÓN

Estaos quedo, Rosio, vos.
Que el alma me da que son
Gabrina, y más mi señora,
¡Oh qué venturosa hora,
o supremo galardón!
Ellas son y es cosa cierta.
Yo me subo a mi aposento,
vos, armaos en un momento
y guardá bien esa puerta.
Y aunque sea el corregidor,
el alguacil, o teniente,
no os entren, pues sois valiente,
yo vendré en vuestro favor.

ROSIO

Señor, así lo haré,
vuestra mercé esté seguro,
y huelgue, que yo le juro
de cumplillo, o moriré.

(Salen LUCRECIA y GABRINA.)

LUCRECIA

Ay, madre, ¿do me lleváis?
Jesús, y tan lejos es,
¡Cómo me duelen los pies!

GABRINA

Anda, ¿para qué os paráis?

LUCRECIA

Madre, ya estoy desmayada.
¡Ay, qué grande perdición!
Saltos me da el corazón
que me he de ver afrentada.

GABRINA

Ay, señora, pues así
agora os dejáis caer,
rebozaos, que puede ser
pase alguno por aquí.
¿Tan poco puede el amor
que a Anacreo tenéis?
Levanta, do os desmayáis
que es falta de un tal valor.
Vamos, que ya cerca está
de Anacreo la pesada.

LUCRECIA

¡Ay de mi desventurada,
y mi madre, ¿qué hará?
¡Oh Amor falso y lisonjero,
pequeño niño vendado!
Que a mis padres he negado
por amor de un caballero.
¡Oh qué mala cuenta doy
de mi gran recogimiento,
oh qué grande atrevimiento,
siendo hija de quien soy!
O mis padres, ¿qué haréis.
Cuando de fuera vengáis,
y a Lucrecia no veáis?
¡Ay Dios! No desesperéis.

GABRINA

Ay, señora, rebozaos,
anda, ya no estéis parada,
señora, veis su posada,
no estéis más triste, alegraos.

LUCRECIA

Ansí lo quiero hacer
pues mi mal no tiene emienda.
Al placer suelto la rienda

pues me manda amor querer.
Fuera de aqueste lugar
vayan todos mis temores,
que los yerros por amores
dignos son de perdonar.
Está cerca la posada
de mi bien y mi consuelo.

GABRINA
Ésta es.

LUCRECIA
Dichoso el cielo
me sea en aquesta entrada.

(Entran LUCRECIA y GABRINA en casa de ANACREO. Salen sus padres de LUCRECIA.)

ALBINA
¿De qué estáis, señor, parado?
Parece estáis descontento.

ARNALDO
Un terrible pensamiento
me hace estar desmayado.

ALBINA
Descubríme vuestra pena,
pues sabéis me cabe parte.

ARNALDO
Quiero, señora, contarte
cuan mal mi dicha se ordena.
Quien tiene tanto cuidado
de honra, y della se precia,
dejar sola así a Lucrecia
ha sido mal acordado;
moza hermosa y galana
y con tal vieja parlando,
¿qué podrán estar tratando?

ALBINA
De lo que les diere gana.

ARNALDO
Vamos, que el alma me da

que algún mal recaudo es hecho.
Lucrecia.

ALBINA
Estará en el lecho,
pues sabéis que mala está.

ARNALDO
No responde, subí vos.

ALBINA
Hija mía, y mi querer;
¡Ay desdichada mujer!

ARNALDO
¡Qué es esto, válame Dios!,

ALBINA
Aquella vieja traidora
vuestra casa os ha robado,
y a vuestra hija llevado.

ARNALDO
¿No os lo dije yo, señora?

ALBINA
Justicia, señor, justicia.
¡Oh no pensada traición!

ARNALDO
¡Oh grande afrenta y pasión,
quién tener hijos cudicia!

(Sale la JUSTICIA.)

JUSTICIA
¿Qué es esto, Arnaldo? Señor,
¿quién ha hecho este ruido?

ARNALDO
Ay, señor, justicia pido.

JUSTICIA
¿Que es? Diga, no haya temor,
¿hay algún herido, o muerto,

fuego, robo, o perdición?

ALBINA

Señor, una gran traición.

ARNALDO

Un amargo desconcierto.

JUSTICIA

¿Qué fue, mi señora Albina,
que tanto mal ha causado?

ALBINA

Ay, señor, que me ha robado
mi casa y honra Gabrina.

JUSTICIA

Vale el inmenso Dios,
qué gran mal, ¿y cómo así?

ALBINA

Señor, vino por aquí,
estando ausentes los dos.
En achaque de un hilado
y otras cosas que trata
fue do mi hija yacía
con un dolor de costado,
y mis joyas, y dineros,
y a mi hija tan amada
me enhechizó, ay cuitada,
que estará entre lobos fieros.

ARNALDO

Señor, con gran diligencia
esta vieja sea buscada,
que a traición tan extremada
no puedo tener paciencia.

ALBINA

Notorio es su mal vivir
desta vieja encantadora.

JUSTICIA

Yo voy, y luego a la hora
la haré, señor, morir.
Viva el alto emperador,

oiga, señor, lo que digo,
que he de hacer un castigo
que a todos ponga temor.
Alto; sus, mis porquerones
alguaciles, vení aína,
vamos en casa de Gabrina;
vos, guardá aquesos cantones.

ARNALDO

Señor, ésta es la posada.

JUSTICIA

Llega paso, y sin ruido,
y el que se habrá defendido
la vida le sea quitada.

ARNALDO

Ésta es la malhechora.

ALBINA

¡Oh mala vieja taimada!
Justicia desta emplumada.

GABRINA

¿Por qué, mi buena señora?

ALBINA

Traidora que me robaste
mi honra, casa y hacienda,
vieja falsa y sin emienda,
¿mi hija do la llevaste?

ARNALDO

Confiesa, desventurada
causa de mi perdición,
porqué hiciste traición
dándote en mi casa entrada.

GABRINA

Yo, señor, no hice más
de vendelle una labor
y curalle su dolor.

ARNALDO

¿Ansí? Viva Satanás,
a vuestra merced requiero

se le dé luego tormento.

GABRINA

¡Desdichado nacimiento!
Ay, señores, que me muero.

JUSTICIA

Apreta, pues no confiesa.

GABRINA

Ay, que sí confesaré.

JUSTICIA

Pues decí.

GABRINA

Ay, sí diré
como me es fortuna aviesa.

JUSTICIA

Dejalda, agora decí
la verdad sin encubrir
cosa alguna, sino morir
os conviene luego aquí.

GABRINA

Señor, si confieso yo
no me mandaréis matar.

JUSTICIA

No.

GABRINA

Pues yo quiero confesar
el caso como pasó.
Anacreón, y un su criado
llamado Rosio el valiente,
aquesta vieja inocente
a su casa me han llevado,
y con amenazas fieras
me hicieron prometer
lo que no pensé hacer,
mas al fin salió de veras.
Yo a Lucrecia fui hablar,
por mi mal, esta mañana,
y ella de muy buena gana

le ha venido a visitar.
Muera con cruel tormento
si otra cosa mas he hecho,
y porque estéis satisfecho,
id allá, veréis si miento.

JUSTICIA

Vamos, y vos y ese mozo
aquesta vieja llevad
a la cárcel, y guardad
metida en un calabozo.

ALBINA

¡Oh gran mal no imaginado!
¡Ay, Lucrecia, y tu cordura,
do empleaste tu hermosura!
¡Ay, quién te hubiera casado!
¡Oh cuán caro que nos cuesta,
Arnaldo, la dilación!
Ya veis vuestra perdición
que otro que morir no resta.

ARNALDO

Mujer, vámonos yo y vos,
No estemos más entre gente.
Que esto es verdaderamente
un gran castigo de Dios;
gran ruido y alboroto
en casa de Anacreo suena,
mueran, y paguen la pena,
pues ya el negocio está hecho.

JUSTICIA

Resto, daos a prisión.

ROSIO

Teneos, señor, afuera,
muera aqueste traidor, muera.

JUSTICIA

Prendelde sin dilación.

ROSIO

Si hay algún desesperado
y muy hartos de vivir,
llegue, que yo le haré ir
con Judas el ahorcado.

JUSTICIA

Rosio, mira mi presencia,
déjanos libre la entrada.

ROSIO

Si haré con esta espada.

JUSTICIA

Muera, pues haz resistencia.

ROSIO

Afuera, afuera, villano,
fuera, afuera, ganapán.

PORQUERÓN

Ay, gran desdicha y afán,
que me ha cortado una mano.

JUSTICIA

Prendeme aqúeste traidor
que es al rey desacatado;
suelta la espada, ahorrado.

ROSIO

Hela, aquí la doy, señor.

JUSTICIA

Alguacil, ambos subí,
y esa casa me mirá.

ARNALDO

Señor, ninguno está allá,
que yo la busqué y la vi.
Por allí se descolgaron
y entrambos a dos se fueron,
otro traje se pusieron,
y estos vestidos dejaron.

JUSTICIA

¡Oh gran mal! La dilación
que éste nos dio lo ha estorbado,
sea en el punto ahorcado,
y dese luego un pregón.
Salgan los cien caballeros
con sus lanzas y caballos,

vayan de presto a buscallos
por caminos y senderos,
y éste sin apelación,
sea en un punto ahorcado,
porque sea castigado
de tan inmensa traición,
y Gabrina encorozada
y en un escalera puesta,
y después de descompuesta
sea por siempre desterrada
sea luego esta sentencia
en ellos ejecutada.

ARNALDO

Ya está la horca hincada.

JUSTICIA

Alto pues con diligencia.

VERDUGO

Subí, hermano, más arriba
acá en aqueste escalón.

ROSIO

Señores, pidoos perdón.

VERDUGO

Hideputa, y cómo estriba.

ARNALDO

Ya el desdichado espiró.

JUSTICIA

Venga la vieja malvada,
sea luego encorozada.

GABRINA

Señor, y ¿qué hice yo?

JUSTICIA

Ea, subí, encantadora,
hechicera retaimada,
que habéis de ser emplumada.

GABRINA

¡Ay, santa María señora!

JUSTICIA

Ea, muchachos, dalde grita,
venga breva y berenjena,
tiralde aquesta melena
y aquesa geta maldita.
No le rompáis la corozca,
dale tira sin temer.
¡Oh qué donoso placer!
La risa acá me retoza.

GABRINA

¡Oh mancebo desdichado,
ay de la que te pariera,
y si ella agora te viera,
como estás ahí ahorcado!
¡Oh desdichados agüeros
y quien del mundo fía nada!
Tú muerto, yo encorozada
por servir a caballeros.
Ejemplo tomad aquí
los que en servir tenéis nombre,
que en hoto del conde al hombre
no mates, son veislo allí.
Que al fin fin el que mal hace
a la fin mal ha de haber,
que a nadie puede aplacer
el mal ni le satisface,
que en pesando aquel momento
que dura vuestra pasión
viene luego la razón,
y el pesar y descontento.

ARNALDO

Señor, ya las diez ha dado,
y es hora de ir a comer.

JUSTICIA

Quiten luego esa mujer
y entierren al ahorcado,
y con público pregón
sea aquesta desterrada.
Vamos a nuestra posada,
no haya en esto dilación.

JORNADA IV

LUCRECIA,
ANACREÓN,
TARISIO,
TROCO,
ARNALDO,
ALBINA,
Dos SALVAJES.

LUCRECIA sale con un arco y saetas, vestida de monte.

LUCRECIA
Pues el hábito y ventura
mudó amor y juventud,
de necesidad virtud
hacer a tiempo es cordura.
¡Quién me vio tan estimada
tan tenida, tan compuesta,
tan galana, y aun honesta,
tan querida, y tan amada!
¡Ay, qué mudanza de vida!
¡Ay, amor cruel, qué has hecho!
Mirad en cuan grande estrecho
me ha traído una salida.
El regalo y libertad,
el rebozo que es mal fin
me hicieron hasta el fin
servir yo mi voluntad.
¡Oh endiablada costumbre,
nacida de Lucifer,
que el marido a la mujer
no conozca aunque con lumbre!
Las doncellas encerradas,
Con aqueste paramento
tenemos atrevimiento
salir fuera disfrazadas.
¡Cuántas como yo aun han sido
que en el estado de mozo
sólo por este rebozo
perdieron tener marido!

El que de honra se precia,
de su hija y su mujer
gran cuidado ha de tener
no hagan como Lucrecia.
La mucha conversación
las mas veces hace mal,
y es la yesca y pedernal
del fuego desta pasión,
que si con mi madre Albina
encerrada yo estuviera,
a Anacreón nunca viera
ni me engañara Gabrina.
Las viejas muy comadreras
que tienen muchos comadres,
avisá los que sois padres
que son traidoras y arteras.
De vuestra hija quitá
aquesta conversación,
que es doméstico ladrón
que honra y fama os robará,
y pues ya no tiene medio
este mal de que me quejo,
tomar quiero otro consejo
que será el postrer remedio;
y pues que Venus y Juno
por la gran desdicha mía
no quieren mi compañía,
y Anacreón fue importuno,
Quiero seguir a Diana
en la caza y en su oficio,
que con aqueste ejercicio
muero el hijo de su hermana,
y por aquesta espesura
de árboles, solos y ombríos,
llorando los males míos,
cantaré mi desventura,
Y con Progne y Filomena
en las selvas de Tereo
quejándome de Anacreo
lloraré mi amarga pena,
y pues me convida al llanto
este espeso soto umbroso,
este corazón rabioso
quiero aliviar con mi canto.

ROMANCE DE LUCRECIA

Yo, Lucrecia, sin ventura,
que en desdicha fue engendada,
por amar a mi Anacreón,
a muerte soy condenada,
llorá pues, mis tristes ojos
que ventura es acabada.
¡Ay de ti, mi padre Arnaldo
ay, mi madre tan amada!

Que hoy perdéis vuestra hija;
Lucrecia la desdichada
sola va por este monte
de desdicha acompañada,
donde habitaban salvajes
gente cruel y malvada;
aquí acabaré mis días
sin ser de nadie buscada.

ANACREÓN

¡Oh mi grande desventura,
o breve contentamiento!
Quien deste acontecimiento
no escarmienta, ¡oh gran locura!
Que prometes, falso amor,
placer, descanso, alegría,
y esto todo dura un día
y mil años el dolor.
Por un pequeño contento
das doscientos mil dolores,
¡oh desdichados amores
llenos de desabrimiento!
Que angustiado y que afligido
anda un triste de un amante,
y veréis que en un instante
todo su bien se ha perdido.
¡Oh qué guerra, oh qué pasión,
qué enemistad, qué contienda
trae en sí! No hay quien entienda
su guerra y rebelión,
cuando la sensualidad
quiere mandar, y valer
la razón que quiere vencer
y mandar la voluntad.
Anda un hombre trastornado
como loco, aquí y allí,
tan enemigo de sí

que de sí no se ha acordado.
O preciosa libertad,
quien goza desta victoria
llena de descanso, y gloria
de suma fidelidad.
Ved a qué estado he venido
tan triste y desventurado,
muerto Rosio mi criado.
Y por desiertos perdido,
y mi casa, y mi hacienda
abrasada y destruida,
y en gran peligro mi vida,
¡Ay Dios, y quien no se emienda!
Seguiré mi desventura
pues ventura me desprecia,
y buscaré mi Lucrecia
hasta ver su hermosura:
que pues yo fui la ocasión
de su desastre tan fiero,
quiero como caballero
buscalla, que es gran razón.

(ARNALDO y ALBINA salen en hábito de peregrinos en busca de su hija LUCRECIA.)

ARNALDO

A quien le falta ventura
alegre viene la muerte
dichoso me fuera verte
en tal dolor y tristura,
¿quién no me ayuda a llorar
un suceso tan extraño,
quién jamas vio tan gran daño
sin podello remediar?

ALBINA

¡Ay mi hija, y mi salud
mi solo contentamiento,
qué pesar y qué tormento
distes a mi senectud!
Ay de vos sola y sin madre,
¿adónde estéis, hija mía?
Vuestro rostro de alegría
no le verá más tu padre.
Hija mía, ¿quién os dio
vestidos con que os cubristes?
¿Por adónde, hija, fuistes?

Ay, hija, ¿quién os llevó?

ARNALDO

Señora, ya de llorar
no se espera algún remedio,
entiende que el mejor medio
es illa luego a buscar.
Vamos por esos caminos,
montes, valles y desiertos,
pues el vestido es de muertos
mortaja de peregrinos;
que a quien es tan enojosa
la vida y tan importuna
ningún mal no le importuna
ni la muerte lo es penosa.
Por este bosque sombrío
vamos porque descansemos
y con su sombra apartemos
el gran calor del estío.

ALBINA

Gran trabajo es caminar
si os parece aquí pará,
que según mi cuerpo va
ya no puedo más andar.

ARNALDO

Señora Albina, sea así
que yo también voy cansado.

ALBINA

¡Oh qué flores, y qué prado!
Hay alguna fuente aquí.

(Salen dos ladrones, TARISIO y TROCO, y conciertan de espiallos a un paso entre tanto que ellos descansan. Salen ARNALDO y ALBINA.)

ARNALDO

Señora, ya el sol declina,
bien será que caminemos,
por aqueste monte entremos
daos priesa, señora Albina.

ALBINA

Jesús, qué grande espesura,
temor me pone miralla.

ARNALDO

Mas temor es caminalla
según es fragosa y dura.

TROCO

Deteneos, ¿qué lleváis?

TARISIO

Haced luego cortesía.

ALBINA

¡Oh la gran desdicha mía!
Señores, ¿qué me buscáis?

TARISIO

Ea, dad acá el dinero,
o la vida os sacaré.

ARNALDO

Que me roban acorné.

TROCO

Deteneos vos, caballero.

ARNALDO

Deja la mujer, traidores.

TARISIO

Muera el viejo malvado.

ALBINA

Justicia, que me han robado,
socorreme aquí, señores.

ARNALDO

Ay, de muerte soy herido,
o mi Albina, socorré,
que muelo.

ALBINA

Ay, ¿qué haré?
¡Oh mi señor y marido!

TARISIO

Troco, busca esa mujer,

mientras estotro yo desnudo.

ALBINA

O falso traidor y crudo,
¿Qué me buscas, Lucifer?

(ANACREÓN sale.)

ANACREÓN

Voces suenan, gran mal es,
sin duda es algún ruido
quiero ir apercebido
y salilles de traves.
O falso y cruel ladrón,
¿Qué haces, di, carnicero?

TARISIO

Ay de mí, triste, que muero.

ANACREÓN

Ya tienes tu galardón.

(Aquí mata ANACREÓN a TARISIO.)

Tené, señora, tené.

No se os vaya ese maldito.

ALBINA

De Dios, hijo, seáis bendito,
no me dejéis, por mi fe.

ANACREÓN

Señora, seguir quiero
aquel ladrón y matallo.

ALBINA

Señor, no queráis buscallo,
no os vais de aquí, caballero,
mas antes a vos parece
ayudame a sepultar
a este muerto, pues lugar
al presente no se ofrece.
¡Oh mi dolor tan crecido,
hija, cuán caro has costado,
Lucrecia, que hoy has quedado
sin padre, yo sin marido!

ANACREÓN

¿Qué oigo? Válame Dios,
¿Éste es sueño, estoy despierto,
es Arnaldo a queste muerto
señora Albina, sois vos?

ALBINA

Él es el desventurado,
y yo Albina sin ventura.

ANACREO

¡Oh no pensada amargura,
o caso tan desastrado!

(Salen dos SALVAJES.)

SALVAJE

Gran presa se nos ofrece,
ésta es la que voces daba.

ALBINA

¡Ay Dios, y aun esto faltaba!
Tras un mal otro se ofrece.

ANACREÓN

Afuera, bestias malvadas
incapaces de razón.

SALVAJE

Date con ese bastón,
sigue luego mis pisadas.

ANACREÓN

Afuera, bruto, animal,
que aquí perderás la vida.

(Sale LUCRECIA.)

LUCRECIA

¡Oh qué traición conocida
o qué fiera tan bestial!
Poner quiero una saeta
con ponzoña enherbolada.

(Mata al SALVAJE y cae.)

ALBINA

Quien me ha hecho libertada,
o merced grande y perfecta,
o traidor, quien te mató,
Dios le dé inmenso consuelo,
que esta saeta del cielo
vino, conque te acabó.

LUCRECIA

Apartaos, caballero,
desa bestia sin sentido.

ANACREÓN

O gran socorro venido
a tiempo, muera este fiero.

(Muere el segundo SALVAJE.)

Dadme esas manos, señora,
que os las tengo de besar.

LUCRECIA

No hay para que así os postrar
ante una triste pastora.

ANACREÓN

Antes soberana diosa,
señora, debéis de ser,
que no caben en mujer
valor, fuerza y ser hermosa.

ALBINA

¡Oh presencia soberana!
Señora, ¿quién sois, decí?
Que según lo que en vos vi,
o sois Minerva, o Diana,

LUCRECIA

Soy una pobre pastora
criada en estas montañas
que con fieras alimañas
tengo guerras cada hora.
Mis señores, levantaos,
que es tiempo de partir.

ANACREÓN

Señora, no os habéis de ir.

ALBINA

Ay, mi señora, sentaos.

LUCRECIA

Tengo mucho que hacer,
señores, quedá con Dios.

ANACREÓN

Señora, iremos con vos.

LUCRECIA

No iréis, que no puede ser.

ALBINA

Pues consoladnos primero
con vuestro nombre siquiera.

LUCRECIA

Pláceme desta manera,
que os he de abrazar primero.
Soy Lucrecia.

ALBINA

¡Ay, hija mía,
descanso de mi vejez,
remedio de mi viudez,
mi consuelo y alegría!

LUCRECIA

¿Y mi padre dónde está?

ALBINA

Por vuestra causa fue muerto.

LUCRECIA

Oh gran mal, oh desconcierto,
¿quién tanto mal sufrirá?

ALBINA

Mi salud y mi alegría,
escusado es ya el llorar,
mi dolor podrá sanar
ya con vuestra compañía;

vuestro padre ya murió,
que es fin que a todos alcanza,
mas de su muerte venganza
este caballero os dio.

ANACREÓN

Lucrecia, señora mía,
¿cómo así me eis olvidado?

LUCRECIA

No, que el amor extremado
dura en mí, Anacreón, hoy día,
y aunque este bravo dolor
me atormenta de mi padre,
con ver viva aquí a mi madre
viviré, y con vuestro amor.

ALBINA

¡Oh ventura nunca oída!
¿Vos sois, señor Anacreón?

ANACREÓN

Soy el que siempre deseo
a Lucrecia mi querida.

LUCRECIA

Yo por vos he de morir.

ANACREÓN

Yo, mi bien, contino muero.

LUCRECIA

Yo por mi señor os quiero.

ANACREÓN

Yo siempre os he de servir.

LUCRECIA

Yo contino os serviré.

ANACREÓN

Yo, señora, vuestro soy.

LUCRECIA

Yo mi libertad os doy.

ANACREÓN

Yo os entrego el alma y fe.

LUCRECIA

Yo jamás querré otra cosa.

ANACREÓN

Yo a vos sola he querido.

LUCRECIA

Yo os recibo por marido.

ANACREÓN

Yo por señora y esposa.

ALBINA

Gracias inmensas te doy,
eterno Dios soberano,
que con tu divina mano
tanto bien me haces hoy;
mi honra recuperé,
mi casa, vida y estado,
y sobre todo he hallado
mi hija que tanto amé.
Pues cumplidos, hijos míos,
vuestrs deseos tenéis,
vamos, y descansaréis
de los pasados desvíos,
y pues tan dichoso día
nos ha fortuna ofrecido,
con gozo y canto crecido
publicad vuestra alegría.

FIN